

bellera de humo. En tanto allá en el muelle vense en confuso movimiento marineros y mercaderes cargando, descargando, pesando y midiendo; la *machina* cruje, y se levanta donde quiera un sordo rumor, tal vez ahogado á trechos por los cañonazos con que saluda la plaza un recién llegado bergantín de guerra.

Sobre el muelle se extiende desde la ciudad al mar el monótono barrio de la Barceloneta (1), guarida hoy de ese monstruo que llaman carro de vapor, furia en cuyas alas puede un ejército devorar en veinte minutos el espacio de cuatro leguas. Helo allí pasando como el rayo entre esos pueblos graciosos de la costa, que á la sombra de sus naranjos descienden de montes verdes y frondosos y corren al parecer á bañar sus piés en las aguas de los mares. Badalona siente aún removido el aire por él, cuando hace ya estremecer las entrañas del viejo Mongat, y turba al alegre Masnou con sus gemidos. El mar de Vilasar no puede aún hacer oír el ruido de sus olas, cuando desaparece en el seno de Mataró. Queda en paz, monstruo que creó el ingenio humano; déjanos contemplar en tanto esa costa que se extiende más allá de lo que alcanza nuestra vista, costa poblada de alegres villas á cuyos piés brota una vegetación rica, combatida inútilmente por los torrentes que saltan á su lado. Los montes son su abrigo, el mar su muro, torreones antiguos su defensa y atalaya.

Hacia el occidente, más acá de donde el Besós precipita al mar sus aguas turbulentas, ostenta el cementerio sus panteones y jardines de mármol, sus millares de tumbas y su triste y severa capilla greco-romana; á la izquierda llama la atención el pueblo de San Andrés, á cuya espalda levanta su cumbre al cielo el Moncada, sepulcro de cien recuerdos de gloria y fuente

(1) Fué fundador de este barrio en 1753 el Excmo. Sr. Marqués de la Mina, cuyos restos descansan bajo las bóvedas de la iglesia de San Miguel. Hasta hace pocos años eran iguales en este arrabal calles y casas: no tenían estas más de un piso, y presentaban todas la misma decoración en la fachada; mas hoy son ya muchas las casas de dos pisos en cuyo exterior hay variedad de adornos y colores.

de tradiciones poéticas y misteriosas. Más acá, después de haber recorrido numerosas quintas y alquerías que rivalizan en esplendor y en lujo, abre á nuestros ojos sus calles muy pobladas el barrio de Gracia, unido á la ciudad por un largo paseo entre cuyos árboles la rosa crece y derrama sus perfumes. Tras él están los montes de Collserola, en una de cuyas faldas podemos descubrir aún el lugar que ocupó el convento de San Jerónimo. ¡Pobres montañas! El silencio habita hoy en vuestras cumbres, y sólo el murmullo de las aguas turba el de vuestras vertientes. Cayó con el monasterio la animación que os daban las campanas y los cantos religiosos de los monjes, y sobre todo los cantos de algazara de nuestros padres que hacían arder á menudo las ramas secas de vuestros bosques, y danzaban en vuestros repechos al són de alegres instrumentos. Derribado vuestro monasterio, ¿dónde podríais dar ahora el asilo que disteis en 1834 á los enfermos del cólera morbo, azote que va recorriendo de nuevo la Europa?

¡Adios, viejas montañas! Á vuestro lado descuella la de San Pedro Mártir, más afortunada que vosotras, pero menos animada también de lo que fué algún día. En su falda, encima del pueblo de Sarriá, vemos el monasterio de Pedralbes, en cuyos cristales de colores rompe el sol sus primeros rayos; los fervorosos cantos de las monjas aún se confunden allí con los suspiros de la brisa, los gorjeos de las aves y los murmullos de las fuentes (1). ¡Salud, salud, poético monte de San Pedro! ¿si

(1) Fundó este monasterio en 1325 la reina Elisenda de Moncada, última esposa del rey de Aragón, don Jaime II. Consta su iglesia de una sola nave gótica. En el presbiterio á la derecha guarda un bello sarcófago de mármol los restos de la ilustre fundadora. Desaparecieron del testero de ese sepulcro los calados y plañideras que en otros tiempos lo adornaron; mas no la figura de la difunta, que está tendida en la tapa con las manos sobre el pecho y la corona en la cabeza, ni el bajo-relieve que, debajo de un arco ojival, representa su alma llevada en brazos de dos ángeles al cielo. En algunas capillas son también notables unos pequeños sepulcros en que están tendidas á la vez figuras de damas y de caballeros; entre ellos son dignos de atención los de la capilla de san Rafael, cuyas sencillas losas cubren las cenizas de las más decididas protectoras de este monasterio doña Leonor de Pinós y doña Constanza de Cardona.

recordarás aún las generosas palabras con que don Juan II, después de diez años de una guerra sangrienta, humilde y lleno de amor á Dios perdonó á la ciudad rebelde (1)?

(1) Entusiasta Cataluña por el príncipe de Viana, se sublevó contra don Juan II. En los diez años que duró la guerra diéronse cien batallas, hubo asaltos de ciudades, suplió la traición la falta de fuerzas, pusieronse en juego todas las pasiones, apelóse á todos los medios que podía sugerir la política más hábil. Castilla, Portugal, Francia, Roma tomaron una parte más ó menos activa en la contienda; y don Juan II, solo, sin más tropas que las aragonesas, con el Principado y Navarra por enemigos, tuvo que luchar con la ambición y volubilidad de don Alvaro de Luna, con el condestable don Pedro, con las fuerzas considerables de Renato de Anjou, con la fortuna que solía acompañar las banderas del duque de Lorena. Por dos veces debió retirarse vergonzosamente á Aragón, perseguido de cerca por las armas de sus mismos súbditos; y tuvo el desconsuelo de ver la vida de su esposa y la de su hijo amenazadas por la espada del conde de Pallars. Concentrado contra él el odio catalán, no veía nunca el menor destello de piedad ni de respeto en sus contrarios.—Después de la muerte del duque de Lorena, fuéle propicia la fortuna, y alentado con sus victorias y con el desaliento que iba cundiendo en los ánimos, llevó sus armas contra Barcelona con una rapidez asombrosa. La ciudad no quiso humillarse á su rey: resistió al hambre y á la fatiga, y parecía resuelta á sepultarse entre sus ruinas antes que desistir un punto de su tenaz empeño. Desoyó los más prudentes consejos, burló los esfuerzos de Rodrigo de Borja, enviado por el Papa con el objeto de que pusiera ambos bandos en concierto, despreció todo lo que no tendía á satisfacer su odio y su venganza. En medio de su desesperación, cuando ya el hambre iba agotando por días la fuerza de sus soldados, cuando veía cercano é inevitable el hundimiento que tanto temía, cuando miraba ya con su imaginación perdidas sus libertades y su independencia, probó el último esfuerzo: escribió al de Anjou, á su esposa, á su hijo, al conde de Troya, á la ciudad de Génova, á Provenza que le enviasen á toda costa los auxilios más pronto y eficaces, anduvo implorando de puerta en puerta la caridad de todas las ciudades principales de Europa para no entregarse vencida al que consideraba como su más eterno enemigo. Nada alcanzó: aislada, abandonada á sus escasos recursos no pudo resistirse por más tiempo á doblar la rodilla al vencedor, y quiso entrar en negociaciones.—Don Juan olvidando en aquel momento los doce años de guerra, venciendo su orgullo de monarca y su vanidad de hombre, viendo en los barceloneses á sus súbditos y no á sus enemigos, recibe más como padre que como rey á sus embajadores, les ofrece la paz y la libertad antigua, lamenta las consecuencias de una guerra fratricida y firma una capitulación generosa en que no parece vencedor, sino vencido. No pronuncia ni escribe una sola palabra en que pueda traslucirse aquel rencor que en vano suelen ocultar los monarcas que obedecen á la política más que á los sentimientos naturales. «*Plau al senyor rey: leemos en el primer artículo de la capitulación, decernis é decreta los poblats en la dita ciutat é principat esser estat é esser bons, é leyals é feels, é per tals los ha é reputa sa magestat é li plau encara fer hó axí publicar ab veu de publica crida per los regnes de sa excelencia axí desá com dellá mar*». Promete luego jurar de nuevo las leyes, constituciones, fueros, usajes, actos de corte y costumbres de la ciudad, corre un velo sobre los intereses de la corona, y sólo exige que se indemnizen á los particulares los perjuicios que hayan sufrido

Cerca el San Pedro Mártir, hacia el mediodía, corren las aguas del Llobregat tantas veces teñidas con la sangre árabe: ¡ojalá pudiéramos detener nuestras miradas en la llanura por donde corre, llanura inmensa que desde los montes de occidente va á orlar el mar con las largas líneas de sus álamos! Allí entre árbol y árbol forman un calado caprichoso las hojas de sus vides, entre las cuales asoma la uva hasta fin de enero. Allí crecen lozanos los trigos al pié de la higuera y del albaricoque, ó á la sombra de otros árboles frutales. Contén, oh Llobregat, tu curso dentro las cañas que defienden tus orillas; no llesves nunca á tan rico llano la desolación con tus inundaciones. Y tú, viejo Montjuich, á cuya guarda confió Dios la ciudad de Barcelona, detén tu cólera y no vuelvas á desgarrar jamás el seno de esa población industriosa, cubierta aún por el pendón de Santa Eulalia. Déjala que crezca en paz y rompiendo sus muros, se extienda del Besós al Llobregat, del mar al monte; déjala su libertad y su porvenir de gloria. No sea la voz de tus cañones sino el eco de sus triunfos, ni tu bandera más que un pabellón de paz para ella, y un estandarte de guerra para sus enemigos.

durante la guerra. Notable rasgo de heroísmo que cierra gloriosamente la grande historia de su reinado.